

fenómeno después de la guerra. ¿Quién se acuerda hoy en Francia de Alsacia y Lorena? ¿Quién habla ya en Italia de Trieste y Trento? ¿Quién se alegra ahora en Polonia por la conquista de su soberanía? Absolutamente nadie. Y, sin embargo, por ahí andaban los objetivos más ostentosos de aquella guerra que costó tantos dolores, tantas ruinas y tantos millones de vidas humanas. Apenas obtenido lo que querían, los pueblos se olvidaron de lo obtenido y la atención con el apetito encaminóse a otra cosa que, como en el presente ejemplo de Polonia, haciendo depender su porvenir de un pedacito más de tierra, resulta absurda verdaderamente.

«Pero yo insisto—Concluye Vaz Ferreira—en que no es la moral lo que fracasa en esto; lo que fracasa es el buen sentido».

Paradoja americana

ESTA propensión de Vaz Ferreira, a enchufar en sus digresiones algunos problemas vivos y cuestiones de palpitante actualidad, suele también infundir un acusado interés a sus conferencias. El público que acude de la calle, que frecuenta la política y que se halla enterado por los periódicos de lo que ocurre dentro y fuera del país, encuentra siempre un criterio de revisión respetable y ponderada en las acotaciones alusivas del maestro, por más que éstas no pasen generalmente de un atisbo. Es un modo de dar valor permanente al episodio fugitivo, y ello adquiere notable importancia para nosotros, cuando el conferenciante alude a sucesos que tocan de cerca al hombre americano.

Así, por ejemplo, al referirse a la crisis del buen sentido en el orden internacional, Vaz Ferreira ha formulado la advertencia de que en el Continente sudamericano somos mejores de hecho que de doctrina. Esto resulta una paradoja, porque en el mundo siempre ha sucedido lo contrario; pero es la realidad. Somos mejores de hecho que de doctrina. Por un prurito de imitación muy explicable, tomamos nuestra doctrina internacional de los europeos y, como ellos, celebramos conferencias, planteamos cuestiones de fronteras y hablamos ruidosamente de mecánica guerrera. Hasta el vocabulario es el mismo aquí que allí. Todo parece dispuesto para que de un momento a otro nos vayamos a las manos. Algo hay, sin embargo, que siempre nos detiene ante el precipicio. La doctrina no llega a inficionarnos, como inficiona a los pueblos europeos; a pesar de ella, durante treinta o cuarenta años, en el Continente sudamericano se han resuelto por vía pacífica algunos graves conflictos internacionales

que en Europa hubieran terminado en guerra.

¿Cuál es la explicación? Vaz Ferreira dice que la explicación está, en parte, porque históricamente no podemos odiarnos; en parte, porque tenemos mejor sentido para las cuestiones internacionales; en parte también, porque los trámites de estas cuestiones nos cansan, nos aburren, nos fastidian, y al cabo concluimos por dejarlas y olvidarlas. El maestro observa al llegar aquí, que algún aspecto bueno había de tener nuestra inveterada frivolidad. En resumidas cuentas, el caso es que, con respecto a los países europeos, los nuestros son mejores en práctica que en teoría. La teoría es la misma aquí que allí, puesto que de allí la traemos nosotros; lo que cambia radicalmente en su trasplante es el sentido y la consecuencia. Las cosas que inficionan a los europeos, no nos inficionan a nosotros. «Empleando una expresión un poco gruesa,—dice el maestro—aquí no hacemos del todo la barbaridad».

Y termina con la siguiente consideración: «Bien vale la pena que experimentemos en este caso con satisfacción el sentimiento de nuestra superioridad, cuando somos inferiores en tantas otras cosas».

Pasa el maestro

CUANDO Vaz Ferreira se despide hasta el otro viernes, el auditorio en masa le contesta con un aplauso prolongado y cariñoso. Muchos se quedan mirándole cómo va recobrando de la mesa su reloj, sus lentes y sus papeles, hasta que nuevamente, con paso leve y sordo, desaparece por la pequeña puerta del estrado. Entonces, en el momento de la separación, es cuando más finamente se percibe la atmósfera espiritual, tan llena de emoción y de afecto, que se ha ido condensando entre el maestro y los que le escuchan. Todavía durante el desfile continúa reinando el silencio que advertimos desde antes de que el conferenciante se presentase. El comen-

tario vivo y bullicioso comienza ya en el atrio de la Universidad.

Entonces, entre los grupos, pasa el maestro; pasa con su porte modesto, su sombrerito blando, su sonrisa vacilante y su cartera sujeta bajo el brazo algo encogido, siempre rodeado por su esposa y algunas de sus hijas, ya señoritas, que le aguardan en los pasillos para acompañarle.

Vaz Ferreira en persona

HA llegado con esto la hora de decir algo que conceptúo interesante acerca de la personalidad íntima de Vaz Ferreira. Yo no lo conocía personalmente. Cuando me presentaron a él, después de una conferencia, para que me autorizase a publicar algo con su consentimiento en «La Nación», lo primero que hizo fué preguntarme:

—Usted, ¿es buena persona?

Esta interpelación, así de entrada, me dejó un poco confuso, naturalmente; pero en seguida recordé alguno de los juicios que Vaz Ferreira ha publicado sobre los periodistas en su libro *Moral para intelectuales*, y comprendí el alcance de su pregunta.

—Ya entiendo,—le respondí.— Se dice que Ud. es un poco enemigo de los diarios.

—¿No sería más justo decir que los diarios son un poco enemigos míos?

—Indudablemente, maestro. Pero de todos modos yo necesito hablar un rato con usted, si he de publicar algo sobre su persona que sea verdad.

El maestro me dió la razón. Acordamos una entrevista y la tuvimos. Entonces Vaz Ferreira me dijo lo siguiente:

—Si quiere usted que le diga lo que soy, puedo hacerlo en dos minutos, más no; porque después de esos dos minutos lo que a mí se me ocurriría, podría no terminar nunca. Además, podría no interesar.

A su propio juicio, Vaz Ferreira presenta tres capas o personalidades: La primera y la mejor, afirma él, la constituye su personalidad de hombre que con el propio esfuerzo ha formado un hogar. Para Vaz Ferreira lo más importante de su vida es su casa. Tiene ocho hijos. Mientras vivió su madre, para ella fué el fruto de su trabajo. A consecuencia de ello no pudo seguir la carrera de Medicina, que era su carrera preferida, porque la obligación de asistir a las clínicas le impedía atender las cátedras de enseñanza con que ganaba el sustento de su familia. Siguió entonces los estudios de Derecho, más por necesidad que por vocación; pero su inclinación a la pedagogía le vinculó definitivamente a la Universidad, donde ha dado conferencias durante veinticinco años consecutivos. Ahora tiene cin-

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.